

Centro *Hermeneuein* de Investigación Cultural

Sección: Poesía. *Poiesis* hispanoamericana

Título: *Poemas de mocedad*

Autor: Ian Domenech (2016-2018)

Fechas: 19 de agosto-9 de septiembre de 2024

TORVA FRUICIÓN

Amenaza de gozo,
tasa en firme cegado por culpas
obstinadas,
duró lo que nato alivia en las noches,
lo que asola las memorias en dichas
capas oscuras y azora
del amor con manifiesto pudor.
Si ve mal en fiar, mude en la fe.
A cambio,
por dar abandonado.

Mielgo
de uno en todos,
canta el orgullo de la rivera,
por senos que están en mi envés,
del Ósculo previo
no relega,
si no, sino lo rechaza,
el recato que cata del arroyo
en solázalas al lazarillo
que sufre del júbilo
que rebosa en el pastizal del anhelo.

Ámame
como yo al brebaje,
al tabaco,
propio telón
izado con su cortina; de reticente aposento
de múltiples sabores y cuestiones personales;
suavizaba el par de horas extravagantes e imponentes
donde nos ensogaríamos frente suyo.

Paralizados nuestro hacer figura,
puro y deshonroso, lo majestuoso del roer humano.
Oposición,
sostenible al movimiento,
continuo del mismo ser, esfera de perversiones
a provocaciones
impulsos, aficiones y pasatiempos, deseos y anhelos;
manifestación de lo perverso;
ser descubiertos en la discontinuidad de la inmoralidad
es lo que accede con perplejidad
y naturalidad lo que en sí yace innato.
El toque ajeno,
la apreciación sensible,
la piel será su aparición,
despierta cada noche
dormida profundamente, actuando tanto, en su potencialidad,
en su acto que
en el pensamiento barroco
vuelve lejanas las palabras que él mismo creería;
si hubiese conocido el éxtasis
de sollozar entre vulgares pasajes
de oligarquía, alfombras, taburetes y persianas alzadas y dejadas
del ocio de cerradura apretada por el descanso alimentaría.
En un silencio. Desinterés.
Cómo sin respirar
siquiera
como tumbar en muerte; en esta soledad sin pared,
del tiempo que huyen los ángulos, la tumba del hecho dice:
“mi estatua, su sangre”
persona sillín de un momento tan lento, en un interminable
descanso,

sus brizas que tendean.

Sin dedos, porque alcanzan,
la escuela que come de un piano

invisible sin más

que mirar.

Una vez que no recuerdan
de haber saludado de ojos y labios,

¿qué es de esos labios?

¿Qué son muertes que son labios?

ABUNDANTE ALCURNIA

Mi vez ya no es mía
delante del que dentro aún me vuelva
dentro del fuego liminal que corta como grito
y yugo ayunito de ser un espejo fuerte para atraer aquél que ayunó.
Por eso esta carta,
que es,
contiene viveza y quepis de ideas;
rimero de hojas, relatado, del afán por travesía,
que fallece por la vida, de gemidos; huyentes del frío roer de pecas por ser así,
no funcionaron los calvarios;
al correr por grieta basta con fuego, las cenizas, y miel del poder,
percatar un lamento, por haberme disculpado en decir gracias.
Me irrita la camisa y engaña el ácido de mis plegarias.
¿Qué fue de tu luz al caer obispo de mis rodillas
qué empeño al refundir dentro, los órganos de mi riel?
Resuelto por escrito, que morí.
Sueno por ti. Suena y suena, por el retintín,
quien pierde por fundir.
Nos rendimos
por ser trucos,
mas no por florecer en quienes debemos ser.
No fue la culpa,
la rudeza,
que ha de desenfundar la clave,
pues,
después de la sal, llegaremos alados
de los mismos ojos.
Salen del cuartel sin importar,
mentir a quienes olvidan, que ha estado en mi piel,

a Él recaen

en la orilla

del lado del seno,
centrado, que mejora,
para gemir con mis pecados;
sólo me hace falta reír.

Ya nuestros sexos raspan lluviosos;

el organismo no se estima.

Hablaré con el rencor.

Hay apariencias dormilonas en tus palabras,
que recogen el malgastar de nuestras lágrimas;

la que es amable y humeante ha encendido la fogata que acechamos.

Glándulas y venas postran su ser,

me brindó la salud,

si, por fuerte había sido el postre,

a mi vida,

que por ruego fuese larga,

de mi desempeño

a estrago aviento

no adecuía,

solo a la insuficiencia de sangre

torna mi cuerpo en furia.

El alimento que henchía mi bizarría

gazuzo de consciencia

es aquél que siempre añoro por los tréboles,

hacía ya un año de no ver;

consistía, únicamente,

una carta recogida de la pastoral

y, así, contener su delicada puesta; las pajas calladas y las hojas desembradas;

viajé por mil rumbos sin querer por conquistar el rubro de diamante, el cual recién
huye de mi caldero.

Y sin pensarlo una vez

daría esta travesía al extraño de los pastizales y las orquídeas floreciendo
y anocheciendo el día, contemple a su misericordia.

Nuestro lar a prados glaucos, la arcada manando sirimiri por el gorjeo alado,
así se encomienda mi día a día en tu andorga tiritera.

Aúpas, arrias. Tu ajuar ha oleado.

Cumbres procuradas

que a pie vaga

sumo fúnebre en tu tumba, Ilíada y huida,

con franqueza de patrimonio;

que el espolón y sus ronroneos discrepantes, ya el pueblo de San Miguel ha escuchado de
tu gansa alza.

Valuar que a tenaz pudiese no ver,

persistir lo que está condicionado,

coartar lo que no fuese, pero consuela en las noches,

desuela al alma inexistente y lozano en desorbita.

HODIERNA LASCIVIA

Claro, turbio, escocés y mongol,
triada de especulantes
en vilipendio contra fogoso sin número,
que, en altavoz, escribe la hilarante falacia,
que sonrío, en su paladar un recuerdo.

Matices granate, agrio y áureo, resplandecían
derrame a deshonra
de amuletos quietos.

Apreciando la fría escasez licor casero mi sangre,
un violín en el alborotado fuerza simpatía y lucidez.

A espaldas, de pie, atrapado, deambulaba una persiana en óleo y lienzo,
un caballete postraba la ventana junto a una moldura de busto,
se enrollaba en frustración el paisaje,
interior del arduo tabique,
que no se había terminado; ahí, en esa moldura se sientan, lado a lado.

Cruz

mirra y taburete,
el bar se cierra, con lienzo blanco y seco; y sin alcohol se va.

¿Por qué está así? Tú,

me perdonará, Señor,

no hay de sus ninfas ni rastro en la cúpula para explicar dicha sandez.

No importa en este momento.

Insolente y sácara; por momentos hago lo que hago,
el relativo gabinete de espinas y cactus

supra mía

y no de vos que no viste con vigor.

Al soplo de mezcal y licor de mango, la mesera no interponía...

La receta vivía,
el escrito de fermentación,

todo tipo de agua dulce y ardiente salían de la mano,
siendo casera, pero de mata,

De Helena.

Licores de piña, maracuyá, café, coco, limón y chocolate.

Pasando de Él,

que sostenía a mano,

le impregnaba el hecho de dar gracias a su pericia,

a mano cocinera y artesanal, que era inusual.

El barrio de Luz nunca había entrenado a un impar despoblado.

A cuan afán

no le disponía, en su momento,

llegaba a ver el corazón de la gente.

Flameantes e inhóspitos amaneceres,

esperando un refuerzo, su salvación,

que nunca llegará.

Cuando vivíamos a costa del mar, e íbamos del olvido al recuerdo, salíamos de
madrugada para llegar descansados;

siempre conde pastores y rubíes;

se solía disparar a tope, perdíamos el tiempo viendo el trueque de la gran bóveda
celeste; acompañado de un buen tabaco de tusilago, malbisco, pasionaria, manzanilla y
menta;

mudando de un azul cadete en vacío absoluto a un punto brillante en lo remoto,
entre una pizarra y una ciruela;

de oyentes a merced, sumisos al olaje hendero, eramos zagales. Bregaba desde las
seis y terminaba a las seis.

Más que eso, el puesto me fue impuesto por mi suegro.

Diecisiete, al caballo.

Yo conmemoro, fuera de las particularidades, la fresca carne que grande furor
emancipó,

lumbre, sangre y saliva desde nuestros pantalones.

Su mano izquierda copeando la crátera con té del soñado desayuno británico.

TEMPLE BEATÍFICO

Azorar el amor en pudor y manifiesto,
confiar con paso y variación en la fe,
de dar sin esperar nada a cambio,
canta con el orgullo del arroyo.

Prueba la humildad en el descortezar al arrollo, deléitate del sexo, quienes te
acompañan, sufre de la alegría que rebosa pastizal del anhelo.

Discurrir en el vigor despojado
ámame como yo al brebaje y al tabaco;
que roza tus pechos en todo mi dorso.

El primer beso nunca se olvida
a menos que lo desoiga.

Maldigo al amor;
sangre agonizada ardiendo por cuerpos ajenos de vino,
hatada de gozo,
tronco húmedo estriando el camino a los sexos, que se mantiene en cuenca
por mi sufrir
y su apetito de calles por vísceras vacías, los besos y roces en el que recorren sus
paredes;

yacían en la víspera del arcángel envenenado de mi sudor la impura
imaginación que, desorbitados manifestantes, encuentran manchada de sangre su
capilla.

Cuelgan azufre

vestimenta de hombre en armario,
pues de ahí sopesan la piel del salvaje flojo,

Dios me condiciona,

ya que en ella impera mi voluntad estrecha la memoria se vuelve con el canto una
obstinación,
con la usura que rebasa el estrato del recato.

Eglefino el olor a través de dicha matriz;

atesorada por las décadas, bien anhelada a manos barraganes no codeadas sino lozano;
falleció el ímpetu por cónsul,
extirpado y aconsejado,
germinando en las alas heladas del pasado,
extasío el ahogo del hedor a tabaco aprehendido en el cuero acicalado del tegumento,
a su vez, coadyuva con el valor prorrateado en mil añicos dentro de mí.
He acompañado, sobrevivido con tentación singular, sugestiva, al ángulo seno semi
perfecto siempre excitándose,
seduciéndome e incitando mis fluidos cerebrales;
intentando recabar el auge sexual, y sabatino Juno Oscura.

Vanesa de los Cardos,
como la azul común, deslumbras a mi paladar
con tu licor de miel y mango, azucarado y reposado.

Kilos y metros
millas de alude,
la misma hoja en su ribote, atravesando mi piel, evoca exactitud de la pérdida,
del laurel amaestrada de iletrada carta,
al impaciente y lustre marca de afecto y defecto.

Lleno de lino
su cortina y romboédrica
figura postrada en esas tardes los platos que quedaban sucios.
Mamando tu pecho cual crío,
la cruel satisfacción por el fin, y sin lapso, tardeo acepta el menosprecio.

Masoquismo
repleto de quietud
sobre pola mi similitud a su manjar flaco y estreñado material de
abundante contrareja a su jungla donde inserto el número de piel.

Ñapa a compraventa de lencería
a sus vestidos puestos siempre los encuentros debajo de su cama,
agavillada y aherrojada
a provincia con la estima psicótica,

seguida de la lívida gala,
extirpamos nuestras vergüenzas de espumarajos.

Otra y otra entrada de manjar divino;
se encuentra la colonia puesta en sobrepeso por dicha cena,
mi musa encaja perfecto
con la sencillez,
olivo de los prados, párpados de óleo en mis pinturas.

Patagua pálida
por nuez de caucho y serpentina,
mis condolencias a mi suegra,
que tanto el rosal no le ha crecido, que su nacida,
es maja y recia yacía
cómo le motejaban la Boyera.

Qué te he de ofrendar cada mañana,
media penumbra,

en un alto risco e incluso en la tiniebla para quedar por cada tonto fatuo
amartelado hacía ti.